

un secretario que le robaba, un amigo indiscreto que se apoderaba de sus manuscritos. Libreros piratas publicaban, segun él, sus obras, mutilándolas y falsificándolas, lo que le obligaba á restablecerlas en toda su sinceridad dando al público nuevas ediciones. « ¿Cómo se ha impreso mi carta al abate Dubos?, escribia á Thieriot en 1739; eso me ha mortificado; es duro estar condenado á ser siempre un hombre público ». Tal fué su eterna pretension: la de tener una existencia de escritor privado, de noble escritor que vive de sus rentas, se divierte, representa la tragedia en sociedad y se rie del mundo. « Estoy enojado, escribia á d'Argental desde Ferney (1764), de que se haya impreso *Lo que place á las damas y la Educacion de las jóvenes*; eso es marchitar flores que sólo agradan cuando no se venden ».

Me he entretenido en buscar en la Correspondencia de Voltaire, nuevamente publicada, algunos preceptos que se refieren al régimen de alegría de que era partidario; si lo abandonaba con frecuencia, volvia á él demasiado habitualmente para que no fuera el preferido:

« Este mundo es una guerra, el que ríe á expensas de los otros es el vencedor. »

« Yo me limito á chancear sin mezclarme en nada. Es verdad que chancoo mucho, lo cual ayuda á sostener al hombre en la vejez. »

« Ángeles míos (llamaba así á Mr. y Mme d'Argental), esperando la tragedia, hé aquí el sainete; conviene divertirse, nada es tan sano. »

« Que la guerra continúe (se refiere á la de siete años), que la paz se haga, *vivamus et bibamus*. »

« Me arruino, bien lo sé; pero me divierto. Juego con la vida, única cosa para la que es buena. »

« He sufrido crueles aflicciones, el bálsamo de Fierabrás que he aplicado á mis heridas ha sido siempre el mismo: alegrarme. Nada me ha parecido tan alegre como mi Epístola dedicatoria (la de la tragedia *Los escitas*). No sé si habrá gustado; pero me ha hecho reir cuando estaba en la desesperacion. »

« Gozad mucho, Señor (se dirige al conde de La Touraille), no hay nada mejor, despues de todo. »

Suspendo estas citas que hasta el infinito podría multiplicar. Se ve en muchos pasajes la risa como sistema. No sólo se rie, se burla.

Sea como quiera, Voltaire desde el principio, ántes de la risa bufona y descarnada, era por su alegría y su malicia el poeta y el artista de una época cuya confesada inspiracion y cuyo objetivo era el placer, ante todo el placer.

Pero los círculos más agradables, sin embargo, no le bastaban; no

se podía encerrar en ellos. Salia de cuando en cuando, ya por sus méritos, ya por sus defectos. Salia porque tenía *el diablo en el cuerpo*, mas tambien por tener chispas de un dios. Burlarse es muy divertido; pero es una diversion de malas consecuencias hacerlo en las narices y en las barbas del prójimo. De aquí las escaramuzas, los lances imprudentes, más imprudentes en Voltaire que en cierto modo dependia del público. Estaba en guerra abierta con aquellos de quienes se burlaba. El teatro, la tragedia que era su adoracion y en la que sobresalia segun el gusto de su tiempo, le entregaban al público por un lado más noble. La historia, en la que tambien sobresalia, en la que se mostraba superior refiriéndose á la contemporánea ó casi contemporánea, no le convidaba ménos que el teatro á ser un autor en el sentido más respetable y digno de la palabra, á ser el pintor de su siglo y del siglo precedente. Voltaire se interesaba en todo lo que sucedia en el mundo, á su lado ó léjos de él; tomaba parte en los sucesos todos y la tomaba con fuego; se ocupaba en los negocios ajenos y hacia de paso los propios. Llevaba el movimiento á todas partes y era un encanto cuando no un tormento. Aquel *diablo de hombre* (tal es el nombre que involuntariamente se le da), no podia en ningun caso, con todas sus veleidades de retiro, confinarse á la existencia dulce de un Atticus ó de un Horacio y contentarse con tener por divisa de su vida la frase que escribió al mariscal de Richelieu: « Me limito á divertiros. » Habia comenzado, ya lo hemos visto, por decir á madama de Bernières: « El gran negocio y el único es vivir dichoso; » y bien ó mal de su grado justificaba anticipadamente la frase de Beaumarchais: « Mi vida es un combate. »

La correspondencia inédita da pocos detalles que ofrezcan novedad sobre la salida de Voltaire fuera del reino en 1726 y su retirada á Inglaterra, que fué tan decisiva para su educacion intelectual. Debía estar preparado por sus conversaciones con Bolingbroke, á quien habia visto en París y en su posesion de la Source, cerca de Orleans; pero no fué por eso ménos viva la impresion que recibió. Aquel nuevo espectáculo no le impresionó tanto por la cosa pública y el juego de la Constitucion, como por el grupo filosófico y libre-pensador que encontró allí. La impresion superó á sus esperanzas, á lo que parece, y conservó de ella una memoria indeleble y profunda. Aquel período de

la vida de Voltaire, aquellos tres años de estudio y de silencio en los que entró no siendo más que un hombre de sociedad y un libertino del *Temple* para salir siendo un hombre y un filósofo, han quedado oscuros y misteriosos precisamente porque los pasó callado. Se puede entrever por su correspondencia con el caballero Falkener qué lazos tan íntimos contrajo y cuán duradera fué la memoria de los mismos. En esta parte, sin duda, se hacen desear esclarecimientos de detalle. Hay un momento, un punto, un medio, en que los talentos, los ingenios hasta allí jóvenes y adolescentes, se hacen adultos. Inglaterra fué este lugar para Voltaire. Volvió formado definitivamente, con un caudal de ideas que luego aumentó muy poco y una marca interior que no perdió jamás.

Yo había creído que la siguiente carta era de 1726 y que se refería al momento en que Voltaire, habiendo tenido la célebre cuestión con el caballero de Rohan, se disponía á salir de Francia ó á lo ménos de París para evitar el encierro en la Bastilla; hay en ella un acento que parece corresponder al estado de su ánimo en aquella crisis, la más dolorosa de su vida. Pero en la nueva coleccion se incluye con la fecha de 1724. Hé aquí la carta.

« Á MADAMA DE BERNIÈRES

» He estado á la extremidad; no espero más que mi convalecencia para abandonar definitivamente este país. Acordaos de la amistad cariñosa que habéis tenido por mí, y en nombre de esta amistad, informadme de lo que ocurra por medio de unas líneas de vuestra propia mano ó hablad con absoluta confianza al hombre que os envió.

» Presentad mis respetos á madama Du Deffand. Decid á Thieriot que tengo empeño absoluto en que me quiera, ó cuando me muera ó cuando sea feliz; pero que hasta entónces le perdono su indiferencia. Decid al caballero Des Alleurs que no olvidaré nunca la generosidad de su proceder para conmigo. Contad con que, aún desengañado como estoy de la vanidad de las amistades humanas, la vuestra será siempre para mí preciosa. No deseo volver á París más que por veros, abrazaros una vez más y haceros ver mi constancia en la amistad y en las penas.»

Bien considerado, puede ser que las palabras: *he estado á la extremidad*, no se refieran á lo que yo creía, sino más bien á una enfermedad que tuvo efectivamente en 1724, despues de haber tomado las aguas de Forges, pues no convienen tanto al estado en que le puso la indigna alevosía del caballero de Rohan. Por lo que hace á su disposición de espíritu en aquella hora suprema, nos atendremos al testimonio único de la carta dirigida á Thieriot que se encuentra en la correspondencia general, en la cual se leen estas nobles palabras:

« No estoy aún decidido á retirarme á Lóndres: yo sé que es un país en el que las artes se honran y se recompensan, en el que hay diferencias en las condiciones, pero no entre los hombres si se exceptúa la del mérito. Es un país en el que se piensa libre y noblemente sin que lo estorbe ningún temor servil. Si yo siguiera mi inclinación, allí me establecería con la sola idea de aprender á pensar. Pero no sé si mi pequeña fortuna muy quebrantada por tantos viajes, mi salud más quebrantada todavía por tantos sinsabores, y mi afición al retiro, me permitirán lanzarme al bullicioso laberinto de Whitehall y Lóndres. Estoy bien recomendado y se me espera con bondad; pero no respondo de que llegue á hacer el viaje. No me quedan que hacer más que dos cosas en mi vida: una, arriesgarla con honor tan pronto como pueda; otra, acabar en un oscuro retiro que convenga á mi modo de pensar, á mis desventuras y al conocimiento que tengo de los hombres.»

Al volver de Inglaterra, abandonada ya la idea de conseguir del caballero de Rohan una reparación personal por medio de las armas, intentó Voltaire realizar siquiera en parte la segunda mitad de su programa ó voto y, si no sepultarse en vida, á lo ménos abrigar su vida y embellecerla no tocando al mundo más que por lo superfluo de su espíritu y por las páginas que el viento arrebatara por la ventana. Se ligó estrechamente con la marquesa del Chatelet y tuvo su período, en Cirey, de casi entera incomunicación, viviendo para ella y como ella. Considerando su humor, su petulancia y el carácter también de la marquesa, veremos que hizo un milagro, pues aquella unión íntima duró más de quince años y sólo fué rota por la muerte. Fué feliz, á despecho de algunas tempestades y querellas intestinas que han traspasado al exterior recogidas por la pública maligna curiosidad. Voltaire estaba realmente fascinado, admiraba á la marquesa, la encontraba bella, la

proclamaba sublime. Se complace, en sus cartas á Falkener, dando su direccion en casa de la marquesa, en el castillo de Cirey : « Allí, decia, vive una jóven dama, la marquesa del Chatelet, á quien he enseñado el inglés. » — Tres cosas me chocan en Cirey, ha dicho un fino observador : primero, aquella manía de geometría y de física que no sentaba en Voltaire, que no era en él más que una imitacion de la marquesa y que le apartaba de su verdadera vocacion y de los dominios en que podía brillar como maestro ; segundo, las tormentas súbitas, las escenas domésticas que hicieron decir á un crítico de nuestros dias que jamas hubiera creído la expresion *tirarse los platos á la cabeza* tan cerca de no ser una metáfora ; en tercer lugar, la imposibilidad para Voltaire, aún convertido en castellano, en enamorado, en físico y en geómetra, de no ser literato desde las puntas de los nervios hasta la médula de los huesos. Entónces comenzaron sus peleas con los librerros, sus insomnios extraordinarios, sus furores, sus gritos de poseido contra Desfontaines. Bastante, en efecto, para perturbar un paraíso.

Sobre el capítulo de las matemáticas y la geometría de complacencia á que repentinamente se aficionó Voltaire, la nueva coleccion nos presenta algunas cartas que son las que la generalidad de los lectores se contenta con recorrer de una ojeada. Pero un hombre hábil me llamó la atencion sobre una de ellas, comentando este pasaje :

« Ya que trato de esto, dice Voltaire escribiendo á un tal Pitot de la Academia de ciencias, es necesario que os importune acerca de una ligera dificultad. La marquesa del Chatelet me hacía el honor hace muy pocos dias de leer conmigo á Descártes ; admirábamos los dos la proporcion que dice haber encontrado entre el seno del ángulo de incidencia y el seno del ángulo de reflexion, pero á la vez nos sorprendíamos cuando dice *que los ángulos no son proporcionales aunque los senos lo sean. No entiendo una palabra ; no comprendo que las medidas de los ángulos sean proporcionales y que no lo sean los ángulos ¿ Me atreveré á suplicaros que aclaréis en esto mi ignorancia ?*

« Tengo una salud muy débil para aplicarme á las matemáticas ; no puedo trabajar una hora al dia sin resentirme mucho. »

En efecto, hubiera convenido más á su salud que no forzara su rápido y superior ingenio aplicándole á materias que comprenderia se-

guramente en el momento en que se le explicaban, pero que olvidaba pocos instantes despues. Es extraño que Voltaire se admire de que los ángulos no sean proporcionales aunque lo sean los senos, pues es elemental que el seno, siendo sólo una funcion del ángulo, no basta para medirlo ; mídelo el arco, y los arcos de círculo son proporcionales á los ángulos. Lo más raro es que la marquesa participara de la extrañeza de Voltaire, pues ella era más fuerte en geometría.

El mismo Voltaire que en los detalles daba tales tropezones, recobrava sus ventajas cuando se trataba del conjunto. Era uno de esos espíritus rápidos y abarcadores que adivinan más que comprenden, que no tienen paciencia para seguir una demostracion un poco larga, pero que alcanzan á veces de un golpe de vista sintéticamente la verdad y logran expresarla en términos que satisfacen á los sabios mismos. M. Biot, en la época en que explicaba sus cursos de física tan seguidos y tan interesantes, se complacia en citar unos hermosos versos de Voltaire como fiel resumen de la teoría de la luz, versos de la Epístola á madama del Chatelet *sobre la filosofía de Newton*. Hélos aquí :

Desplega ante mis ojos con poderosa mano
Del de las estaciones monarca brillador,
El manto refulgente con inmortal tejido
De azul y de esmeralda, de grana y de arrebol.
Cada uno de sus rayos en su sustancia pura
Encierra los colores del iris celestial
Y todos confundidos alumbran los espacios
Y doran los abismos y lucen en la mar (1).

La excursion inútil de Voltaire en los dominios de las matemáticas, si fué una falsa ruta, no fué del todo perdida. Le sirvió al ménos para componer la bella Epístola más arriba citada *sobre la filosofía de Newton*. M. Dubois Reymond, uno de los secretarios perpetuos de la Academia de Berlin, pronunció un discurso en 1868 tratando de Voltaire *en sus relaciones con las ciencias naturales*. Cree M. Dubois Reymond

(1) Il déploie à mes yeux par une main savante
De l'astre de saisons la robe étincelante ;
L'émeraude, l'azur, la pourpre, le rubis,
Sont l'immortel tissu dont brillent ses habits.
Chacun de ses rayons dans sa substance pure
Porte en soi les couleurs dont se peint la nature ;
Et, confondus ensemble, ils éclairent nos yeux,
Ils animent le monde, ils emplissent les cieux....

que los trabajos científicos á que Voltaire se entregó durante su residencia en Cirey, le sirvieron algo más que para componer bonitos versos, que ejercieron en su espíritu una tendencia marcada y que se debe á ellos el *positivismo* que es el rasgo característico de Voltaire.

« Estoy enfermo, escribía á Thieriot en 1738, Newton y *Merope* me han matado. » Nada ménos cierto. *Merope*, una de sus obras maestras, le valió infinitos goces. Aparentaba resistir á las insinuaciones de los que querian que la diera al público, pero al fin cedió. Á una dama que le escribió con tal motivo, respondió con una de las cartas más bonitas de la nueva coleccion :

« Sois capaz de hacer milagros. Yo no sé si he renunciado enteramente al peligroso deseo de hacerme juzgar por el público. Llega un tiempo, amable Talía, en que los encantos de la vida privada y del reposo hacen olvidar el resto. ¡ Feliz el que sabe sustraerse pronto á las seducciones de la fama, á los furoros de la envidia, á los inconsiderados juicios de los hombres ! Me arrepiento con motivo de haber trabajado en todo lo que no sea mi reposo ¿ Qué he ganado yo en veinte años de trabajo ? Nada más que enemigos. Es todo lo que se puede sacar del cultivo de las bellas letras ; mucho desprecio ántes de tener un nombre ; mucho odio cuando se tiene. »

Y en la misma carta :

« El público es una fiera ; se necesita encadenarla ó huir. Yo no tengo cadenas, pero sí el secreto de la retirada. Conozco las delicias del retiro y el reposo ; ¿ iré á dejarlas para ser destrozado por el abate Desfontaines é inmolado á la malignidad del público y á las risas de la canalla ? »

.....

« Añadiré que es imposible trabajar en el estado de desaliento en que estoy. Se necesita una embriaguez de amor propio y de entusiasmo, vino que yo he probado, pero que no quiero ya beber. Sólo vos podriais embriagarme aún ; pero si abrigáis la intencion de hacer prosélitos, hallaréis en París ingenios más á propósito, más jóvenes, más atrevidos y con más talento. Os estaré siempre tan reconocido como si os debiera un triunfo cada año. No me tentéis, no encendáis el fuego que yo quiero apagar, no abuséis de vuestro poder. Si sólo vuestra carta

me ha hecho casi imaginar el plan de una tragedia, una segunda carta me hará escribir los versos. Dejadme mi razon, os lo suplico. ¡ Ay ! ¡ tengo tan poca ! »

Pero cedió ; hizo una y dos y muchas tragedias. Permitió que se representara su *Merope* y le debió en París un triunfo lisonjero. « Esta pieza, decia el *Periódico* del abogado Barbier (20 de Marzo de 1743) ha sido compuesta por M. de Voltaire, el rey de nuestros poetas. El autor ha sido aclamado con un entusiasmo que no se ha visto nunca. »

II

El célebre viaje de Voltaire á Prusia y su intento de establecerse en Berlin son conocidos de sobra. Á su vuelta á Francia tenía toda la apariencia de un hombre que se palpa, á fin de asegurarse de que está vivo no obstante las contusiones que cubren todos sus miembros. Aquella experiencia última fué decisiva para él, y despues de algunos períodos de convalecencia moral en Alsacia, en los Vosgos, entre las montañas, comprendió que era tiempo de retirarse á sus cuarteles de invierno, es decir, de vejez é independencia. Pasó pues á la República Suiza, y se estableció primero en el país de Vaud, poco más tarde en Ginebra. Su *segundo renacimiento* data de allí. Tenía sesenta y un años y aún le quedaba un largo porvenir... *dum prima et recta senectus*.

Su vida en Monrion, en Lausana, en las *Delicias* á la puerta misma de Ginebra, aparece como una transicion. Es un hombre que se ha libertado y respira libremente ; vuelve á reir, se cree dichoso con aquella cultura mezclada de sencillez que encuentra al pié de los Alpes. Cuando por último se hizo propietario de Ferney, se encontró á sus anchas y recobró su aplomo. En plena guerra de los Siete años, escribía á la duquesa de Sajonia-Gotha (*Delicias*, 27 Noviembre 1758) :

« He preguntado á todos los alemanes que han venido por acá si los ejércitos habian pasado por vuestro territorio. He dicho cien

veces ¡desgraciada Leipsick! ¡desgraciada Dresde!; pero no digo nunca ¡desgraciada Gotha! Los triunfos se han equilibrado en 1758, y lo mismo es probable que suceda en el año siguiente y en los sucesivos. ¡Dios sabe cuándo las desdichas del género humano tendrán término! Cuanto más considero estos horrores más me sepulto en mi retiro. Apoyo mi izquierda en el monte Jura, mi derecha en los Alpes y tengo frente á mi campo el lago de Ginebra; con un castillo en los límites de Francia, las *Delicias* en territorio ginebrino y una casa en Lausana, vuelo de un nido á otro escapándome de los reyes y de los ejércitos, combinados ó no combinados.»

En una carta á Tronchin de Lyon, del 13 Diciembre 1758, explica aún más claro toda su estrategia. Busca su seguridad, poniéndose á caballo sobre tres países (Ginebra, Berna y Francia) (1). Habiendo adquirido la posesion vitalicia del condado de Tournay, tenia medio de hacerse independiente de Ginebra y de los ministros calvinistas, viviendo en Francia, ya en Tournay, ya en Ferney; la vecindad de Ginebra le ponía al abrigo de las persecuciones que vinieran de Francia y de los Parlamentos. Las *Delicias* cerca de Ginebra, casa de invierno en Lausana, castillos de Ferney y de Tournay para pasar los estíos, tales eran los sitios de placer al mismo tiempo que de precaucion que una experiencia amarga le habia aconsejado procurarse y que su gran fortuna le permitió adquirir. Más tarde se redujo al castillo de Ferney que llegó á ser una residencia suficiente y única.

El primer cuidado que se impuso en su retiro fué el de educar y dotar á la sobrina de Corneille. Empezó el Comentario sobre el teatro del tío-abuelo de su protegida y, cualquiera que sea el juicio que este trabajo merezca en su conjunto, lo cierto es que lo concibió con fin laudable y lo comenzó con celo:

« La empresa es delicada, escribia á M. de Chenevières, uno de sus amigos de París; se trata de analizar treinta y dos piezas; consulto, pues, á la Academia y someto siempre á su opinion la mia. Espero que con esta precaucion la obra será útil á los franceses y á los extranjeros. En este mundo conviene trabajar cuanto es posible

(1) Lausana entónces dependia de Berna. N. del A.

para hacer la vida soportable. ¿Adónde iríamos á parar si perdiéramos el tiempo diciendo: «Hemos perdido á Pondichery, los billetes reales pierden sesenta por ciento, etcétera? Confesaréis que estos discursos no pueden ser más tristes y que es mejor no hacerlos. Tomo pues el partido de comentar á Corneille y de imitarlo de léjos, todo para evitar la ociosidad. Cuanto más avanzo en la carrera de la vida, más necesario encuentro el trabajo. Á la larga se hace el mayor de los placeres y ocupa el lugar de las ilusiones perdidas.»

Mi empeño en todo esto es presentar un Voltaire, no el más completo, sino el más simpático; pero sin tratar de oscurecer el otro y dejando que se trasluzca el hombre en su verdad.

Voltaire fué muy sincero en su Comentario sobre Corneille; en los mismos pasajes en que su crítica se nos figura excesiva y nada conoedora de la antigua lengua, obedece á su gusto personal, á sus hábitos de elegancia, al fastidio que le causaban á la postre las malas piezas del viejo trágico. D'Olivet, antiguo profesor de Voltaire, se puso á estudiar á Racine como gramático, y habiendo hecho notar todo género de faltas, le escribió Voltaire lo que trascribimos á continuación:

« Mi querido maestro, os hallo muy severo con Racine. Le reprocháis licencias afortunadas que no son faltas en poesía. Hay en él más versos flojos que incorrectos; pero todos sabemos que nadie ha elevado más el arte de la palabra ni dado mayor encanto y perfeccion á la lengua. Estoy suscrito hace dos años á una edicion que se anuncia de sus obras con comentarios. Ignoro quién será bastante atrevido para juzgarle y bastante feliz para juzgarle bien. No es lo mismo Racine, siempre elevándose, que Corneille bajando siempre, ó más bien cayendo en lastimosa caída. Racine concluyó por ser el primero de los poetas en «*Atalia*»; Corneille ha sido el último en diez ó doce piezas, sin que haya en estos infortunados hijos suyos ni una chispa de genio, ni un verso digno de ser conservado. Esto es casi incomprensible en el autor de *Cinna*, del *Cid*, de *Pompeyo* y de *Poliucto*. »

Aquí dice Voltaire todo su pensamiento.

Liguet, periodista y abogado que tenia opinion propia, que no preguntaba su parecer á nadie, que estaba frecuentemente solo con-

tra todo el mundo y á quien Voltaire había sabido apreciar por su talento y el vigor de su espíritu, publicó despues de la muerte del célebre escritor un Ensayo que contiene reflexiones bien hechas y muy justas. Queriendo explicar á sus contemporáneos cómo Voltaire ha podido ser y parecer universal y por qué encadenamiento de circunstancias, por qué serie de acontecimientos le favoreció el destino, dándole una juventud tan desahogada y una vejez tan garantida, en el retiro de Ferney, contra los torbellinos, dice :

« La juventud de casi todos los escritores célebres se consume por lo general, ó en las angustias de la estrechez, ó en el problema de la *eleccion de estado*. Son distraidos y aún tiranizados largo tiempo, ya por sus familias, ya por sus necesidades. Puede ser que no haya uno en quien los primeros vuelos del talento no hayan sido debilitados por la miseria ó contrariados, combatidos, retardados como delirios peligrosos que deben contenerse... Hay pocos en cambio cuyos talentos pueda conocer el público desde sus primicias y completamente. En la edad en que la cultura, el ejercicio, la libertad, serian necesarios para nutrirlos, desenvolverlos y aumentarlos, la pobreza los cohibe ó la servidumbre los ahoga ; más adelante, cuando ya está hecha la reputacion, los enervan el reposo ó la abundancia. Los literatos jóvenes viven léjos del mundo, cuyo comercio buscado sin servilismo y acordado sin orgullo les sería tan conveniente. En edad más avanzada, formado ya el hombre de letras, buscado y festejado, la sociedad le absorbe todo su tiempo no quedándole ninguno para el estudio y el trabajo. Voltaire fué una excepcion. »

Y en efecto, la diferencia es notoria. Su juventud fué favorecida por las circunstancias. Voltaire no cesó un punto de navegar viento en popa, desde el dia en que Ninon le legó *con que comprar libros*, hasta aquel otro dia, primero doloroso de su vida, en que tuvo su aventura con el caballero de Rohan. Los largos años de Cirey fueron tambien años de estudio y de felicidad. Cuando dejó la Prusia despues de su segunda prueba dolorosa y al entrar en la vejez, era el mejor dotado y el mejor dispuesto de los hombres para utilizar los ocios del retiro y multiplicar todo género de producciones, con una facilidad y abundancia que hoy se admirarian ménos, pero que en su siglo pareció fenomenal. Aquella salud de que se quejaba siempre,

aquella *complexion volteriana* « bastante fuerte para resistir al más activo trabajo intelectual y bastante delicada para no resistir otros excesos, » era un capital precioso de que usaba con acierto aparentando liberalidad, pero en el fondo con prudente economía. Voltaire mismo en una de sus cartas, reduce á su valor aquella exagerada reputacion de universalidad que se le concedía :

« Acabo de leer, escribía en 1766 á M. Daquin, censor y crítico, el trozo en que aseguráis que soy feliz. No os engañáis : me creo más feliz que todos los demás hombres ; pero no debo decirlo porque esto sería cruel para los demas.

» Citáis á M. de Chamberlan, pretendiendo que yo le he escrito que todos los hombres nacen con igual porcion de inteligencia. ¡ Libre me Dios de haber escrito nunca semejante falsedad ! Desde la edad de doce años he pensado y sentido todo lo contrario. Adivinaba desde entónces el prodigioso número de cosas para las cuales no tengo ningun talento. Despues he conocido que mis órganos están poco dispuestos para hacer progresos en las matemáticas. Tambien he experimentado mi falta de disposicion para la música. Dios ha dicho á cada hombre : Tú podrás ir á tal punto y no pasarás de allí. Yo tenía alguna capacidad para aprender las lenguas de Europa, ninguna para las orientales : *Non omnia possumus omnes*. Dios ha dado la voz á los ruseñores y el olfato á los perros, y aún hay perros que no tienen olfato. Qué ; extravagancia la de imaginar que cada hombre hubiera podido ser un Newton ! Habéis sido amigo mio ; ¡ no me atribuyáis la mayor de las impertinencias !

» Contad siempre con la estimacion y la amistad de un viejo filósofo que tiene, ciertamente, la manía de creerse muy buen cultivador, pero no la de creerse dotado de todos los talentos. »

Cuando Voltaire tiene razon, nadie la tiene tan fácil.

No creamos por eso que Ferney ha corregido á Voltaire ; él era de los que piensan que los hombres se corrigen poco : *genio y figura hasta la sepultura*, dice un adágio vulgar. Vivía sin violentarse, obediendo á sus caprichos y á sus naturales ocurrencias. En él había el hombre irreligioso, anticristiano, que el retiro de Ferney fortifica por la seguridad y confirma en sus atrevimientos. Así como en sus cartas más ordinarios hay siempre un bonito giro, un aire de distin-